

I. El Papa nos dice

«El Papa presenta la encíclica «Deus caritas est» a los lectores de la revista «Famiglia Cristiana»

CIUDAD DEL VATICANO, martes, 7 febrero, 2006.- Rompiendo tradiciones, Benedicto XVI ha querido presentar personalmente su encíclica «Deus caritas est» a los lectores de «Famiglia Cristiana», el semanario de mayor tirada en Italia.

El Papa escribió las líneas que ahora publicamos aprovechando la decisión de los editores de la revista, el grupo San Pablo, de regalar a sus lectores un ejemplar del documento junto al ejemplar del 5 de febrero

Queridos lectoras y lectores de Familia Cristiana

Me ha dado mucho gusto que «Famiglia Cristiana» les envíe a casa el texto de mi encíclica y me conceda la posibilidad de acompañarla con una palabras que quieren facilitar la lectura de la misma. Al inicio, de hecho, el texto puede parecer un poco difícil y teórico. Sin embargo, cuando uno se pone a leerlo, resulta evidente que solamente he querido responder

a un par de preguntas muy concretas para la vida cristiana.

La primera pregunta es la siguiente: ¿es posible amar a Dios?; más aún: ¿puede el amor ser algo obligado? ¿No es un sentimiento que se tiene o no se tiene? La respuesta a la primera pregunta es: sí, podemos amar a Dios, dado que Él no se ha quedado a una distancia inalcanzable sino que ha entrado y entra en nuestra vida. Nos sale al paso de cada uno de nosotros: en los sacramentos a través de los cuales actúa en nuestra existencia; con la fe de la Iglesia, a través de la cual se dirige a nosotros; haciéndonos encontrar hombres, tocados por Él, que nos transmiten su luz; con las disposiciones a través de las cuales interviene en nuestra vida; también con los signos de la creación que nos ha regalado.

No sólo nos ha ofrecido el amor, ante todo lo ha vivido primero y toca a la puerta de nuestro corazón en muchos modos para suscitar nuestra respuesta de amor. El amor no es solamente un sentimiento, pertenecen a él también la voluntad y la inteligencia. Con su palabra, Dios se dirige a nuestra inteligencia, a nuestra voluntad y a nuestros sentimientos, de modo que podamos aprender a amarlo «con todo el corazón y con toda el alma». El amor, de hecho, no nos lo encontramos ya listo de repente, sino que madura; por así decirlo, nosotros podemos aprender lentamente a amar de modo que el amor comprometa todas nuestras fuerzas y nos abra el camino de una vida recta.

La segunda pregunta es la siguiente: ¿podemos de verdad amar al «prójimo», cuando nos resulta extraño o incluso antipático? Sí, podemos, si somos amigos de Dios. Si somos amigos de Cristo.

EN ESTE NÚMERO

- | | | |
|---|---------------------|--|
| 1 | El Papa nos dice | El secreto del amor, según Benedicto XVI. |
| 2 | Conoce tu Fe | Evitar el virus del "Morbus Dominicus" |
| 4 | Para ponerte al día | Luces, Cámara, ¡Acción! |
| 4 | Para tu vida | Cien pesos. |

Si somos amigos de Cristo queda cada vez más claro que Él nos ha amado y nos ama, aunque con frecuencia alejemos de Él nuestra mirada y vivamos según otros criterios. Si, en cambio, la amistad con Dios se convierte para nosotros en algo cada vez más importante y decisivo, entonces comenzaremos a amar a aquellos a quienes Dios ama y que tienen necesidad de nosotros. Dios quiere que seamos amigos de sus amigos y nosotros podemos serlo, si estamos interiormente cerca de ellos.

* * *

Por último, se plantea también esta pregunta: con sus mandamientos y sus prohibiciones, ¿no nos amarga la Iglesia la alegría del «eros», de sentirnos amados, que nos empuja hacia el otro y que busca transformarse en unión? En la encíclica he intentado demostrar que la promesa más profunda del «eros» puede madurar solamente cuando no sólo buscamos la felicidad transitoria y repentina. Al contrario, encontramos juntos la paciencia de descubrir cada vez más al otro en la profundidad de su persona, en la totalidad del cuerpo y del alma, de modo que, finalmente, la felicidad del otro llegue a ser más importante que la mía. Entonces, ya no sólo se quiere recibir algo, sino entregarse, y en esta liberación del propio "yo" el hombre se encuentra a sí mismo y se llena de alegría.

En la encíclica hablo de un camino de purificación y de maduración necesaria para que la verdadera promesa del «eros» pueda cumplirse. El lenguaje de la tradición de la iglesia ha llamado a este proceso «educación en la castidad», que, en definitiva, no significa otra cosa que aprender la totalidad del amor en la paciencia del crecimiento y de la maduración.

* * *

En la segunda parte se habla de la caridad, el servicio del amor comunitario de la Iglesia hacia todos los que sufren en el cuerpo o en el alma y tienen necesidad del don del amor. Aquí surgen ante todo dos preguntas: ¿puede la Iglesia dejar este servicio a las demás organizaciones filantrópicas? La respuesta es no. La Iglesia no lo puede hacer. La Iglesia debe practicar el amor hacia el prójimo incluso como comunidad, pues de lo contrario anunciaría de modo incompleto e insuficiente al Dios del amor.

La segunda pregunta: ¿no sería mejor promover un orden de justicia en el que no hubiera necesitados

y la caridad se convirtiera en algo superfluo? La respuesta es la siguiente: indudablemente la finalidad de la política es crear un orden justo en la sociedad, donde a cada uno le sea reconocido lo propio y donde nadie sufra a causa de la miseria. En este caso, la justicia es la verdadera finalidad de la política, así como la paz no puede existir sin la justicia. Por su propia naturaleza, la Iglesia no hace política en primera persona, más bien respeta la autonomía del Estado y de sus instituciones.

La búsqueda de este orden de justicia corresponde a la razón común, así como la política es algo que afecta a todos los ciudadanos. Con frecuencia, sin embargo, la razón queda cegada por intereses y por la voluntad de poder. La fe sirve para purificar la razón, para que pueda ver y decidir correctamente. Por tanto, es tarea de la Iglesia curar la razón y reforzar la voluntad por hacer el bien. En ese sentido, sin hacer política, la iglesia participa apasionadamente en la batalla por la justicia. A los cristianos comprometidos en el servicio público, corresponde, en la acción política, abrir siempre nuevos caminos para la justicia.

Sin embargo, sólo he respondido a la primera mitad de nuestra pregunta. La segunda mitad, que en la encíclica me interesa subrayar, dice así: La justicia no hace nunca superfluo el amor. Más allá de la justicia, el hombre tendrá siempre necesidad de amor, que es el único capaz de dar un alma a la justicia. En un mundo tan profundamente herido, como el que conocemos en nuestros días, esta afirmación no tiene necesidad de demostraciones. El mundo espera el testimonio del amor cristiano que se inspira en la fe. En nuestro mundo, con frecuencia tan oscuro, con este amor brilla la luz del Dios.

Benedicto XVI

II. Conoce tu fe

EVITAR EL VIRUS DEL "MORBUS DOMINICUS"

La comunión como una "fisión nuclear"

José Martínez Colín

1) Para saber

Hace poco me enviaron un relato original que describe cierta "enfermedad", que me parece interesante conocerla para estar prevenidos.

Se trata de la "*Morbus Dominicus*", o llamada también

"Enfermedad del domingo". Dicen que ataca especialmente a los miembros de la Iglesia Católica. Los síntomas varían: nunca se relacionan con el apetito; nunca dura más de 24 horas; nunca se llama al médico; al final siempre resulta fatal para el alma. Esta enfermedad se ha propagado terriblemente y destruye a miles cada año. Incluso es contagiosa, pues si le ataca al padre o a la madre, también los hijos se ven infectados pudiendo dejar secuelas para toda su vida. El ataque viene repentinamente cada domingo, no se siente ningún síntoma el sábado. Por la noche el paciente duerme bien y despierta el domingo sintiéndose bien. En algunos casos los enfermos sienten el ataque estando en cama y deciden seguir acostados algunas horas más, para luego levantarse. En algunos casos el paciente se levanta y desayuna bien, pero a la hora en se escuchan las campanas de la iglesia, le viene ataque feroz hasta que terminan los horarios de las misas matutinas, entonces el paciente se siente más aliviado y come perfectamente bien. Durante la tarde se siente mucho mejor y está en condiciones de salir a caminar, ver la televisión o de leer el periódico, pero ¡que coincidencia! Si por la tarde hay alguna celebración dominical en su iglesia, sufre un nuevo ataque y se queda en casa, necesitando distraerse en cualquier cosa. Pero el lunes por la mañana se despierta bien descansado y está en condiciones de ir al trabajo. No siente más los síntomas de la enfermedad hasta el domingo siguiente.

El virus se puede extender con facilidad entre los llamados "católicos" etiquetándose a sí mismos como "católicos no practicantes". Cuando la persona cae víctima del virus en estado de gravedad, la enfermedad puede ser fatal. La enfermedad se puede volver crónica con facilidad si no se atiende a tiempo, y la única solución es acudir con el Médico del alma. Para remediarla se recomienda acudir al médico para que nos elimine el virus mediante un tratamiento llamado "confesión". Además, para esta enfermedad se cuenta con vacuna que es gratuita y se llama oración, se puede tomar a toda hora, en cualquier lugar, tiene un sabor delicioso, su efecto es instantáneo y despierta un gusto irresistible por estar cerca del Médico del Alma.

2) Para pensar

Este irónico relato va en consonancia con el cierre del Año de la Eucaristía que fue el pasado 23 de Octubre, día en que también terminó el Sínodo en Roma. Pues si fue voluntad de Juan Pablo II el que se dedicara todo un año a este Sacramento, y ahora el Papa Benedicto XVI, continuando esta iniciativa, lo finalizó solemnemente, ha sido para que todo el pueblo de Dios revalore la importancia que ha de tener en nuestras vidas la presencia de Jesús en la Eucaristía.

El Papa Benedicto XVI sabe la gran influencia que la Eucaristía puede tener en nuestras almas y desde ellas a los demás. Por ello comparó la comunión de la Eucaristía con un fenómeno físico, el de la fisión nuclear. Como sabemos, en una fisión nuclear, de la unión de los átomos se desprende tal energía que elimina lo que encuentra.

El Papa nos dice que la Eucaristía produce en el alma tal explosión que el gran bien que llega, elimina todo el mal, irradiando a los demás el amor de Dios. La Eucaristía será la fuerza para vencer y eliminar todo el mal. Pensemos la fe y frecuencia con que acudimos a la Santa Misa para recibir la Eucaristía.

3) Para vivir

Además de invitarnos a recibir con mayor frecuencia la Eucaristía, especialmente el día domingo, el Papa desea que llevemos la luz de Cristo a todo el mundo, cada uno al lugar donde realice sus actividades. Esa luz de Cristo la obtenemos al recibir la Eucaristía. Podremos llevar esa luz de Cristo a los demás si los acercamos a la Eucaristía. Sería un buen propósito revisar de entre nuestros conocidos a quién podríamos invitar a la Santa Misa y a comulgar, acudiendo antes a la confesión si fuera necesario. Es decir, proponernos erradicar la enfermedad del "*Morbidus dominicus*" de entre nuestros conocidos. José Martínez Colín es sacerdote, Ingeniero en Computación por la UNAM y Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra

III. Para ponerte al día

LUCES, CÁMARA... ¡ACCIÓN

Griffin, actor de cine canadiense, casado y padre de siete hijos, uno de ellos autista, habla del Opus Dei en una entrevista para un programa de televisión, emitido en numerosos países.

Cuando estaba en el colegio participé durante unos años en unas actividades para estudiantes en Montreal. Así conocí el Opus Dei. A los 31 años volví a interesarme por la dirección espiritual que ofrecía la Obra y eso me acercó de nuevo a la fe. En la actualidad estoy colaborando en la búsqueda de fondos para las actividades apostólicas.

Ser cooperador del Opus Dei me ayuda en mi lucha por vivir la presencia de Dios en mi trabajo.

La Santa Misa diaria, el retiro mensual y el círculo son el alimento de mi vida espiritual, y me impulsan a tener mayor intimidad con Cristo y a tratar de hacer lo que Él espera de mí en cada momento. En una palabra, le han dado "unidad" a mi vida. Y aunque no conocí a San Josemaría, siento cómo cada día me alienta y me anima diciéndome: "¡Vuelve a empezar!

Para algunos esto de ser actor y padre de familia numerosa resulta incompatible. La gente me mira como si tuviese una doble personalidad y se pregunta cómo puedo ser tan irresponsable (ríe)...Pero el hecho es que tengo una mujer muy dulce, que me ayuda de muchas maneras, comenzando por la oración.

Estamos afrontando juntos diversos desafíos: el primero es mi hijo Joey, que es autista. Gracias a él he vuelto a rezar de nuevo y de verdad. Este nuevo encuentro con Dios me ha llevado, como dice san Josemaría, a hacerme niño desde el punto de vista espiritual, y ahora siento como Dios me ayuda a abandonarme, a ponerme en sus manos. Es algo parecido a lo que les pasa a mis hijos pequeños: cuando los tomo en brazos y los lanzo al aire, jugando, no piensan en que se pueden caer. Sencillamente me miran y se ríen. Los niños tienen esa confianza plena: creen en ti. Lo mismo nos sucede cuando nos abandonamos totalmente en las manos de Dios.

Él nunca me ha dejado solo, y he visto cómo va actuando en mi vida, por diversas vías, pero siempre de forma sencilla, natural, cotidiana. Por

eso me parece que el mensaje de San Josemaría es tan actual para este tiempo nuestro tan complicado; y tan rico también en santidad escondida: una santidad desconocida por muchos. La realidad es que la gente necesita a Dios y acaba descubriendo su Presencia en todo lo que hace.

IV. Para tu vida.

CIEN PESOS.

Papá, ¿cuanto ganas por hora?

Con voz tímida y ojo de admiración, un pequeño recibía así a su padre al término de su trabajo. El padre dirigió un gesto severo al niño y repuso:

- Mira hijo, esos informes ni tu madre los conoce. ¡No me molestes estoy cansado!

- Pero papá, dime por favor, ¿cuánto ganas por hora?, - insistió.

La reacción del padre fue menos severa. Solo contestó:

- 200 pesos la hora.

- Papá, ¿me podrías prestar cien pesos? - preguntó el pequeño.

El padre, lleno de cólera y tratando con brusquedad al niño, dijo:

- Así que esa era la razón de saber lo que gano. ¡Vete a dormir y no me molestes, muchacho aprovechado!

Había caído la noche. El padre meditó sobre lo sucedido y se sintió culpable. Tal vez su hijo quería comprar algo. Para descargar su conciencia dolida, se asomó al cuarto de su hijo. Con voz baja preguntó al pequeño:

- ¿Duermes, hijo?

- Dime papá - respondió entre sueños.

- Aquí tienes el dinero que me pediste - respondió el padre.

- Gracias, papá - contesto el pequeño.

Y metiendo su mano bajo la almohada, sacó unos billetes.

- ¡Ahora ya completé, papá! Tengo 200 pesos.- ¿Podrías venderme una hora de tu tiempo?

Anónimo.